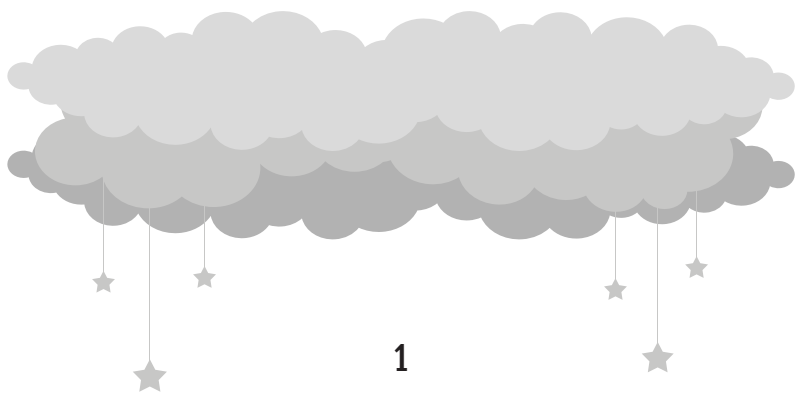


XIMENA RENZO

TRUE COLORS



Para aquel que sigue pintando su mundo de colores.



1

UN NUEVO TRABAJO

«Desperté. Como de costumbre, los rayos del sol atravesaron las persianas que iluminaban mi habitación y se posaron en mi cara como una agradable caricia».

Eso es lo que yo diría si fuese la protagonista principal de uno de los libros que suelo leer. Se haría un acercamiento a mi rostro, me levantaría de mi cama con una sonrisa, buscaría mi mejor atuendo, luego comería un delicioso desayuno y saldría de casa.

Espabila, muchacha. Esto no es ficción. Así no describiría mi despertar real.

Vamos, Abby, podemos hacerlo mejor.

A dos minutos de escuchar sonar mi segunda alarma, advirtiéndome que pronto serían las seis de la mañana, abrí los ojos. El sol se proyectaba violento sobre mi rostro. Quise responsabilizar a alguien más sobre la mala decisión de no cerrar las persianas la noche anterior, pero era solo yo en ese pequeño apartamento en el centro de la ciudad de Counterville. Era mi culpa.

Tercera alarma.

Tapé mis ojos con una mano y rodé por la cama para silenciar el incesante sonido que me torturaba. Aborrecí el día en que me

dejé embaucar por aquel señor del centro comercial. La alarma tenía forma de un tapete y no dejaba de sonar hasta que sintiese mi peso sobre él. Tenía dos opciones: ponerme de pie o rodar hasta caerle encima.

Me fui por la segunda opción, pero no por elección propia, sino porque no solo era un hábito mío dormir de la forma más incómoda posible, también lo era envolverme en mis sábanas. En un tonto intento de ponerme de pie, caí al suelo como un costal de papas recién salidas del huerto.

Soplé para quitar el mechón de cabello que tapaba mi ojo derecho y suspiré apoyando mi frente en el piso.

—Es un buen día, no una mala vida. Hoy será un buen lunes —dije.

Mi pobre intento de convencimiento no funcionó del todo, pero creía que, si seguía diciéndolo, en algún momento me lo iba a creer. Además, ese día tenía una triste misión: conseguir en el menor tiempo posible un nuevo trabajo.

Una ducha y diez minutos de una sesión rápida de maquillaje después, mientras la cafetera hacía su trabajo, removí la alacena hasta encontrar una caja de cereales que estaban de camino a ablandarse.

Nota mental: llamar a mamá y pedirle dinero prestado para pagarle a fin de mes.

Ahora que estaba recién desempleada, sería más difícil convencerla. No la juzgaba: ¿quién en su sano juicio salía de su Italia natal a los dieciocho años para vivir por su cuenta? ¡Por supuesto que yo! Y no contenta con ello, decidí hacerlo cruzando al otro lado del charco, mudándome a otro país en otro continente. Llevaba varios meses viviendo de ese modo: al inicio no me fue tan mal, viajé mucho y conocí culturas que pensé que jamás podría ver en persona, pero la diferencia es que entonces iba acompañada de mi hermana.

Ahora no solo no tenía a mi compañera, sino que estaba sin trabajo. Y, además, sin mi zapatilla derecha, ¿dónde se había metido la condenada?

Ya aparecerá. Primero, a desayunar.

Mientras tomaba grandes bocanadas de mi cereal, recordaba lo que me había pasado el día anterior: mi último día en la cafetería Riot Coffee. Mi exjefe, George Jones, nunca había sido una persona agraciada —ni por fuera ni por dentro—, pero jamás imaginé que me despediría de la manera en que lo hizo: después de que ayudé a dos niños abandonados por su niñera a reunirse con su familia. ¿Pueden creerlo? Es cierto cuando dicen que «ninguna buena acción queda sin castigo».

Suspiré. Recordaba a la señora Chloe Collins, madre de los pequeños, cuando fue a recogerlos con lágrimas en los ojos. Sus palabras de agradecimiento nunca se me olvidarían. Si haberme quedado con dos chiquillos dejados a su suerte por una mala niñera era razón suficiente para despedirme, entonces George Jones podía tragarse las tarjetas de Navidad que le hubiera enviado todos los años y su feo corazón.

Nada me detendría hoy, ni siquiera el cielo que, desde temprano, amenazaba con encapotarse.

La primavera había llegado a Counterville y eso solo significaba una cosa: en abril, aguas mil.

Bueno, dos cosas. También era el mes de mi cumpleaños. Así es, Abril nació en abril. Mis padres son muy agradecidos.

En casa, solía encantarme cuando llovía. Un vago recuerdo invadió mis pensamientos: sentarme frente a la ventana de una acogedora habitación mientras las gotas hacían esta graciosa carrera hasta llegar al borde y convertirse en un pequeño charco del que mi padre luego se encargaría de secar.

Basta de eso: un vistazo al reloj y un último sorbo a mi café. Ahora sí, a por esa zapatilla y a conseguir una entrevista.

Terminé mis quehaceres en tiempo récord y salí. Coloqué bien la correa de mi bolso sobre mi hombro y me aferré a él, dándome un poco de fuerza para empezar aquella jornada que solo apuntaba a estar llena de desgracias.

Solía ser bastante optimista a diario, pero si el día no parecía mejorar, no lo podía forzar.

Ni al día ni a mi bolso. Aunque me aferré a él con todas mis fuerzas, la correa terminó por romperse y todas mis pertenencias terminaron en el suelo.

Cuando estaba terminando de recoger mis cosas, unos pies se asomaron en mi rango visual.

—Buenos días, Abby. ¿Cómo estás el día de hoy? —me saludó el único vecino del edificio con el que hablaba. A pesar de mi falta de optimismo ese día, le dediqué una sonrisa al amable anciano.

Él me la devolvió de inmediato. Se veía feliz, como lo indicaban sus ojos.

—Bien, señor Smith, ¿cómo está usted?

—Hoy es un buen día para mí, veré a mis nietos después de muchos meses. Creo que nada podrá quitarme esta sonrisa en muchos días. Deseo lo mismo para ti, Abby. Que tengas un excelente día en el trabajo —respondió. Fue sincero al decirlo. Me transmitió un poco de su felicidad y parte de mi negatividad se disipó.

Tal vez no era un mal día, ni una mala vida. Tal vez solo necesitaba apresurarme y recorrer todas las cafeterías del vecindario dejando mi currículum.

El señor Smith vería a sus nietos y yo iba a conseguir un nuevo empleo.

—Gracias, señor Smith. ¡Nos vemos luego! —me despedí mientras corría hacia la puerta. Aseguré bien la correa del bolso y lo añadí a la lista de cosas que tenía que arreglar después.

Empecé por los cafés de la zona que, como imaginaba, no necesitaban más trabajadores.

Si hubieras podido conseguir trabajo acá antes, no te hubieses ido hasta el sur de la ciudad a servir café en el Riot Coffee, Abby.

—Muy buenos días, mi nombre es Abril Black... He visto el anuncio de trabajo en su vitrina y quisiera... —empezaba mi rutina de buena trabajadora en cada mostrador.

—A ver su currículum... Uhm... Muchas gracias, señorita, la llamaremos —concluían los otros con una sonrisa incómoda y una promesa vacía.

«No se preocupen, ¡no esperaré de piel!», hubiese querido responder al quinto intento.

Mientras iba avanzando por la ciudad, primero en tren, luego en bus, el cielo fue tiñéndose más de gris hasta que gruesas gotas comenzaron a caer.

Cafeterías, tiendas de regalos, *boutiques*; en verdad, trabajaría donde sea, pero por alguna razón todos se habían puesto de acuerdo en dejar de contratar ese día. Lo peor de todo: tener que hacer el recorrido a pie dado que mi fiel motocicleta había decidido averiarse días atrás. Más dinero agregado a la lista de deudas de la *mamma* y más razones para obtener un nuevo empleo.

Pasada la hora del almuerzo, empecé a preocuparme. Por suerte, estaba en una zona que reconocía. Era hora de darle una visita a un buen amigo.

—¡Sálvame, por favor! —Me eché a los brazos de Etienne, uno de mis pocos amigos en la ciudad. Era un chico francés fantástico con un aire despreocupado que siempre lograba regresarme a mi centro.

—¿Qué haces acá? ¿No trabajas a esta hora? —me preguntó sorprendido al verme llegar a la tienda de música donde atendía.

—Trabajaba. Tiempo pasado —dije despegándome de él—. Me despidieron.

—¿Qué? ¿Por qué? Ese lugar se irá a la ruina sin ti.

—Eso mismo le dije al idiota de George Jones. ¿Quién se cree que es? —Suspiré exageradamente, pero fui interrumpida por un cliente que hacía sonar la campana de la entrada—. ¿A qué hora es tu descanso?

—Dame diez minutos y te acompaño a almorzar.

Etienne siempre había entendido mis indirectas. Sonreí y decidí esperarlo cerca de la entrada, resguardada de la lluvia bajo un toldo. Me alegraba ver que mi amigo se veía como siempre, era casi de mi tamaño, sus rizos peinados de una forma que lucían despeinados, cejas gruesas y una nariz aguileña.

Fue el mejor cuñado que tuve, pero antes que cualquier cosa, un gran amigo. Así es: Etienne era el ex de mi hermana. Aunque estuvimos un poco distanciados, se había vuelto uno de mis grandes amigos en estos últimos meses que me había quedado sola en Counterville.

Etienne cerró la tienda y salimos juntos a almorzar. Aprovechamos en comprar comida china para llevar (en uno de los lugares donde me rechazaron) y nos sentamos en un parque cerca, como si fuéramos dos amigas en una pijamada.

—Cuéntamelo todo y exagera —dijo sonriente y escuchó con lujo de detalles todo lo que había ocurrido el día anterior—. Entonces, ¿estás buscando empleo?

—Desesperadamente.

—¿Y le has contado a tu familia, a Zoe?

Escuchar el nombre de mi hermana me descolocó un poco. Hacía tiempo que no conversáramos, no porque estuviéramos peleadas, pero era complicado...

Etienne analizó mi expresión y soltó una risa sincera.

—Topi, entiendo que lo de Mateo ha sido difícil para todos. No te juzgo. Pero si las cosas no mejoran, sabes que tu *mamma* y tu *nonna* estarán siempre para ti.

—Lo sé. Ojalá todo fuera más sencillo...

—Mientras tanto —intervino con una mirada cálida—, puedes contar conmigo para lo que necesites.

Le sonreí aguantando las ganas de llorar. Terminamos la comida poniéndonos al día en otras áreas de nuestra vida y, antes de despedirse, me aseguró que iba a preguntar con sus conocidos si alguna plaza se abría.

—¡Suerte en tu búsqueda! —dijo agitando el brazo desde la distancia.

Suerte, eh... Sí que la necesito.

Alcé la vista y frente a mí, como si Dios o el universo me estuviera mandando un mensaje, vi un cartel que promocionaba una pasta dental, junto a la imagen de una mujer con una perfecta sonrisa, que decía: «Cuando la vida te presente mil razones para llorar, demuéstrole que tienes mil y un razones para reír».

—Ciindi li vidi ti prisinti mil rizinis piri llirir... —hice mofa del absurdo cartel—. Como si fuese tan fácil sonreír todo el tiempo.

Me quejé y coloqué mi rostro sobre mis manos. Tenía que conseguir un trabajo de inmediato, necesitaba pagar mis deudas.

Necesitaba tener estabilidad. Necesitaba muchas cosas. Necesitaba volver a casa.

Mis sentimientos nublaron nuevamente el cielo y empezó a caer un chaparrón. Corrí a buscar refugio en una zona techada para niños. A esa hora, estaba casi vacío.

Por eso no esperé lo que me sucedería inmediatamente después.

—¿Abby? —llamó una voz bastante dulce a mi derecha.

Del susto, solté mi bolso y, con él, salieron volando todas las copias del currículum que había impreso.

—¡Ah! ¡Se van a mojar! —dijo la persona de la voz dulce, una mujer de porte elegante y sonrisa risueña que se me hacía muy familiar. Con destreza, tomó las hojas en el aire, ante mi cara de estupefacción.

—S-Señora Collins —dije en un hilo de voz y ella me sonrió.

—Nos volvemos a encontrar, querida. —Juntó las hojas y me las extendió—. Y, por favor, llámame Chloe.

—Yo... —me había quedado sin palabras.

Dios, ¿sigues ahí?

—Eres bien escurridiza, ¿sabes? Hoy fui a la cafetería, porque quería agradecerte lo de ayer, pero me comentó el señor Jones que habías renunciado. Pensé que ya no volvería a verte.

—¿Eso le dijo, que renuncié? —respondí poniéndome un poco roja.

Qué descarado...

Chloe Collins parecía una persona muy perceptiva. Se había quedado con mis hojas en la mano y les echó un vistazo.

—Oh... No creo que una persona que acaba de renunciar esté buscando empleo tan pronto. La verdad, me viene perfecto —anunció muy calmada y con una risa suave. Me sobresalté.

¿Le parece perfecto que me hayan despedido?

—Si estás buscando empleo, ¿quieres trabajar conmigo?

Su propuesta me congeló.

—¿Eh?

—No pude evitar notar lo bien que mis hijos y tú se llevaron en el corto tiempo que estuvieron juntos. Créeme que es algo complicado. ¿Te interesa? —preguntó mirándome. Ahí estaba esa mirada

característica de nuevo, aquella mirada que no me dejaba decirle que no, aunque, como ella dijo, era apresurado.

Eso fue rápido. Gracias por la ayuda, Diosito.

—Yo...

—Te dejo mi tarjeta. Piénsalo, y si tu respuesta es afirmativa, llámame y concretamos una entrevista. ¿Está bien? —ofreció entregándome un papel, yo lo recibí y lo observé antes de asentir.

«Chloe Collins, diseñadora de moda e interiores», decía la tarjeta, alcé las cejas con asombro y ella me sonrió.

—Ah, parece que ya dejó de llover. Nos vemos pronto, Abby...

—Black, Abby Black —acoté. Los ojos de Chloe Collins brillaron y sus labios se curvaron en una última sonrisa antes de despedirse de mí.

—Nos vemos pronto, Abby Black. Ha sido un gusto conocerte.

Miré el ridículo cartel de los dientes de nuevo y sonreí confundida. ¿Qué acababa de suceder?

Tal vez... a veces no estaba tan equivocado, ¿no? Había que sonreír un poco más. Siempre habrá una razón.

Pasé por el supermercado para comprar algo para comer con lo poco que me quedaba y llegué antes de lo previsto a mi casa. Rogué al cielo que esa oferta de trabajo fuera lo mejor que me pasaría en la vida.

Mientras la comida se terminaba de cocer, tomé mi portátil y abrí una entrada de mi blog para escribir un poco.

Viéndolo desde mi percepción, llegamos al mundo con un propósito, pero también con un don especial que nos hace únicos. Yo estoy en camino a descubrir cuál es el mío, y creo que solo lo haré viviendo esta loca vida que me tocó.

No miento cuando digo que mi fe —y también mi confianza— se ve sacudida a diario. A veces tengo mucha fuerza para sobrellevarlo y a veces no tanto. Lo importante es seguir intentando, ¿verdad?

Sonrío, estoy triste, vuelvo a sonreír, me estreso, tengo todo bajo control, vuelvo a estar triste y luego vuelvo a sonreír. Así es la vida y así se aprende a vivir.

Hemos nacido para vidas complicadas, vidas molestas, vidas felices, vidas tristes y también vidas que contienen todo lo anterior. No hay de otra, es lo que toca y solo hay que darle.

Hoy estoy algo triste y también un poco feliz. ¿Mañana? No lo sé. Ya veremos. Tal vez más feliz que hoy (y menos que ayer, como dice mi papá). Eso espero, al menos. Te deseo un buen día y una buena vida, sigue intentándolo y cuéntame cómo te va.

Sky xx

Adjunté una foto de espaldas en uno de los tantos viajes junto con mi hermana y le di a publicar.

Cené en silencio, mirando una película que encontré a medio empezar en la televisión. Mente vacía. Solo una chica comiendo y viendo una película. No era como si mi vida estuviese partiéndose en pedazos allá afuera.

Al terminar, me recosté en la cama y miré el techo por un segundo. No tenía nada que perder. Ella lo había dicho. Yo necesitaba un trabajo, y ella tenía uno para ofrecerme.

Así que tomé la mejor decisión. Por mí, mi futuro y mi —tal vez— último intento en no rendirme.

Esperé el tono hasta que esa voz contestó.

—¿Hola?

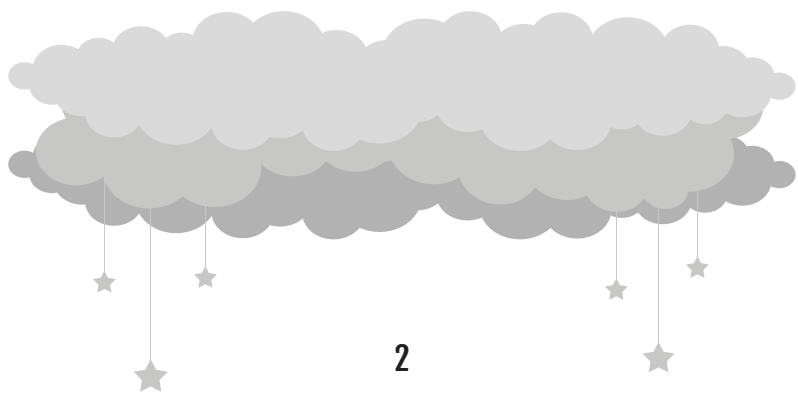
—Señora Collins, soy Abby. Hola.

—¡Oh, Abby! Sabía que llamarías. ¿Lo pensaste ya? —me preguntó contenta.

—Sí, y acepto su propuesta, ¿cuándo nos vemos?

Había que sonreír, intentarlo, y luego volver a sonreír. Al día siguiente tendría una entrevista de trabajo con Chloe Collins.

Y esta vez sí que cerré las persianas.



2

MI DÍA DE SUERTE

Una vez en el metro, calculé el tiempo que me tardaría en llegar. El viaje duraría alrededor de veinte minutos. Cuando por fin me senté, me dispuse a leer el libro que la *nonna* me recomendó la semana anterior. Teníamos la tradición de intercambiar una lectura cada mes. Era divertido e interesante, además, así no perdíamos el hábito.

Los minutos se hicieron cortos con la lectura; cuando me percaté, ya estaba cerca de la estación donde debía bajar. Así que llegué sana y salva a mi entrevista con la señora Collins.

«Es solo una entrevista. Ya hiciste esto antes. No eres un gladiador a un segundo de entrar al coliseo romano. Eres una chica desempleada que encontró un alma noble que quiere ayudarla a cambio de ayuda para ella también. Estás bien. Todo está bien», reflexioné, mirando el portón de la residencial.

—Buenos días, ¿cuál es su nombre? —preguntó el vigilante, que me había estado observando desde que llegué.

—Oh. Buenos días. Soy Abril Black, tengo una entrevista de trabajo con Chloe Collins —anuncié. El tipo asintió revisando algo en su lista, luego se dio la vuelta para tomar un teléfono, se tomó unos segundos en una llamada y finalmente giró.

—Pase, la está esperando —respondió sin mirarme.

Agradecí y caminé hacia el interior de aquella pequeña ciudad. Bordeé la escultura de una mujer de pie sobre una fuente de agua y caminé entre casas y áreas verdes con flores de colores distintos.

—Increíble...

El complejo de casas tenía un estacionamiento privado, juegos para niños, entre otras cosas. Mientras me movía por el lugar, esperaba encontrarme un hangar y un helipuerto. Era lo único que les faltaba.

Me reí un poco por mis propios pensamientos y me detuve en cuanto tuve frente a mí la casa que estaba buscando. Era perfecta, tal como la mujer que me había citado. No la había visto por dentro, pero estaba segura de que se vería ordenada, bonita y pulcra. También reconocí que el estilo de la casa, o al menos la fachada, era clásica. De un color claro, tal vez blanco hueso. Era, sin duda, preciosa.

Sacudí un poco la cabeza para quitarme el nerviosismo, volví a mentalizarme que todo saldría bien y sostuve el cinto de mi bolso antes de tocar la puerta. Sin embargo, Chloe Collins no me permitió pensar mucho más, porque, en cuanto me acerqué para tocar, ella abrió y me recibió con una sonrisa.

—¡Hola, Abby! ¡¡Bienvenida!! ¡Pasa, por favor!

La saludé sin salir de mi asombro y entré junto con ella a la casa.

—Lamento mucho el desorden, el trabajo me deja sin tiempo —comentó un poco apenada.

¿A qué desorden se refería? Lo único fuera de lugar que podía ver era un bolso y un par de juguetes en el suelo. Supuse que los niños habían estado jugando. Podía apostar que, si Chloe visitaba mi casa en Italia, se desmayaría de la impresión.

—Gracias. Y no se preocupe, señora Collins —sonreí de forma amable.

—Lllámame Chloe, por favor. ¿Estás lista? Quisiera mostrarte más de la casa.

La seguí. En el primer nivel, tenían una sala grande con sofás modulares, paredes de color gris claro, una alfombra un poco más oscura y un televisor que ocupaba casi toda la pared. La

cocina, por su lado, era amplia. El concepto —en lo poco que había visto de la casa— constaba de colores similares, blanco, gris, negro y caramelo. La mesa de la isla era de mármol gris y, por supuesto, todo estaba en perfecto orden. Más allá del comedor había una puerta transparente con persianas. Esa puerta tapaba el gran patio trasero, en donde estaban el jardín y la piscina. Al lado de la escalera, se encontraba la oficina de Chloe. Fue ahí donde dimos a parar.

Chloe y yo nos sentamos una frente a la otra separadas por el escritorio. Yo le entregué mi currículum: un folio lleno de experiencia en restaurantes de comida rápida, cafeterías de distintos países y un par de buenas referencias que me había ganado de jefes con quienes, a diferencia de George, sí tuve una buena relación.

—Qué bonita casa —comenté. Los labios de Chloe se curvaron y empezó a leer el papel que le ofrecí.

—Gracias. La diseñé yo. —Eso explicaba el orgullo que reflejó su rostro—. ¿Tienes experiencia cuidando niños? Me parece increíble lo que sucedió ayer... Que la chica haya dejado a mis hijos tirados en el café me parece increíble. Lo que sí me sorprendió fue lo bien que manejaste la situación. Mis hijos, sobre todo Theo, son bastante complicados en cuanto a sus niñeras. Pero tú le caíste bien desde el primer instante.

—Sí, tengo bastante experiencia —asentí y me acomodé en la silla. He cuidado a mis primos toda la vida, vengo de una familia numerosa y mis padres siempre me enseñaron a ganar mi propio dinero. Además, también tengo hermanos menores, y mis padres trabajaban mucho en el negocio familiar, por lo tanto, cuidé de ellos desde que tengo memoria.

—Interesante, háblame un poco de ti, Abby. ¿Estudias? —preguntó. Yo jugué un poco con mis dedos debajo de la mesa y solo negué con la cabeza.

—Todavía no, me tomé un año sabático, además, quise ahorrar mi propio dinero para empezar a estudiar. No me he decidido, pero siento que, al fin y al cabo, tendrá que ser una carrera sobre viajes, turismo, hoteles... Es lo que más me gusta. Por otro lado, también me gustan los idiomas, así que lo estoy pensando.

—¿Eres italiana?

Alcé un poco las cejas en forma de sorpresa. Hablaba inglés perfecto gracias a mi madre. Nunca nadie sabía mi ascendencia si yo no lo mencionaba antes y además estaba segura de que eso no estaba en mi currículum.

—Sí, soy italiana.

—Me encanta Italia, he ido muchas veces. Si no viviera aquí, definitivamente me mudaría allá. ¿Qué idiomas sabes? —preguntó interesada.

—Sé inglés, italiano y entiendo un poco de español.

Ella asintió y revisó mis papeles de nuevo.

—¿Entonces, Abril *Black*?

Yo asentí, comprendiendo a qué se refería. Supuse que, si quería el trabajo, debía ser sincera.

—Le diré la verdad. Mi nombre real es Abril Rizzo. Pero preferiría mantenerlo en privado. No tengo ningún problema legal, ni nada parecido. Es... una historia larga.

—Tengo tiempo, Abril Rizzo. Cuéntamelo todo —comentó con una sonrisa. Chloe colocó sus brazos sobre la mesa, entrelazó sus dedos y me observó atenta.

Fueron alrededor de diez minutos, pero terminé por contarle todo. La historia de cómo dejé mi casa y, por supuesto, la razón por la cual no deseaba utilizar el apellido de mi padre. Ella lo respetó, y decidió seguirme la corriente. Chloe Collins me cayó bien en menos de dos segundos.

—Mi mamá tenía claro que quería llamar «Abril» a una de sus hijas porque, por alguna razón, le gustaba mucho el nombre de ese mes en español —expliqué mirándola—. Cuando nací el treinta de abril, ella no desaprovechó la oportunidad. Dios mío, ya estoy hablando de más, lo siento.

Chloe rio bajito y asintió anotando algo en su computadora.

—Lo entiendo, Abby. No te preocupes. Eres adorable. Tienes historias entretenidas para contar. Y sobre el tema de tu apellido, puedes confiar en mí. Ahora, sobre el trabajo, lo que te ofrezco es lo siguiente. Te dejaré esta copia del documento para que puedas leerlo con tranquilidad. Mientras lo haces, yo revisaré que Theo y

Alai, los niños, no estén incendiando la casa —bromeó echándome una mirada que pedía que por favor firmase el contrato.

La mujer me dejó sola en su oficina y no me quedó de otra que leer el contrato. Lo que me ofrecían era increíble. Un contrato renovable de doce meses indicaba que estaría a cargo de los niños, al inicio me ayudaría Rose, su ama de llaves, y una vez que tuviese experiencia, podría encargarme de ellos al cien por ciento. El salario era el triple de lo que ganaba en la cafetería y, además, me alcanzaba para enviarle una tarjeta de Navidad a George.

Me quería casar con un contrato.

Un momento, ¿a tiempo completo?

—¡He vuelto! —Chloe suspiró cansada, tenía pintadas las manos de marcador de colores—. Me atacó el monstruo del arte, lo siento —se rio un poco para luego sentarse de nuevo frente a mí—. ¿Lo leíste? ¿Qué te parece? Estaba conversando con mi esposo sobre el sueldo, y me parece que más adelante podemos ofrecerte un aumento, ya sabes, al momento de tener toda la responsabilidad.

Yo asentí un poco, ¿era posible ganar más?

—¡Sí! Lo he leído todo y, en realidad, solo tengo una duda... ¿A tiempo completo? ¿Se refiere a que debo vivir aquí?

Ella ladeó un poco la cabeza de un lado a otro, como si estuviese pensándolo bien.

—Mira, podríamos cambiar eso si te molesta, pero creo que, al fin y al cabo, te conviene vivir aquí, ¿no te parece? Por lo que me comentaste, estás rentando un apartamento, además, tendrías que venir todos los días antes de que los niños se despierten, a las siete de la mañana. La anterior niñera no vivía con nosotros. Pero eso es elección de cada una. Si tú prefieres, podemos modificarlo sin problema —explicó.

Sus razones me parecían convincentes, podría terminar de pagarle al arrendatario lo que le debía, y, además, no tendría que viajar en metro todos los días de un lado de la ciudad a otro.

Chloe Collins me cayó del cielo. Igual que un anillo al dedo. Igual que el chocolate a Abby en su época del periodo. Era simplemente un ángel.

—¿Qué te parece esto? ¡Déjame hacerte un *tour* por la casa! Así terminas de decidir si te gusta el lugar.

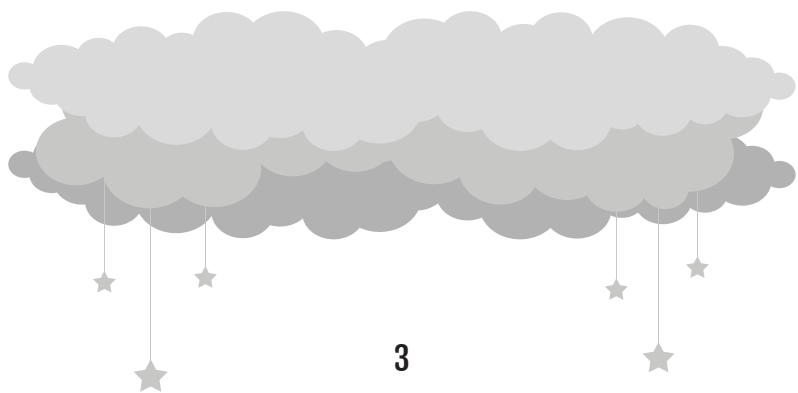
Yo acepté, claro. Tenía curiosidad de ver cada rincón de esa gran y lujosa casa desde el primer momento en que la pisé.

Me explicó que tenían dos habitaciones de huéspedes, y una de ellas se encontraba en el sótano. El lugar no se parecía en nada a lo que las películas de terror pintaban. Era precioso y bastante espacioso. Casi como tener mi propio apartamento.

Me llevó menos de media hora decidir que sí quería trabajar ahí. Al final, el contrato solo tuvo un par de modificaciones. Pero la idea de que me pagaran por cuidar a dos niños lindos y vivir en una residencia preciosa era encantadora.

Firmé el contrato y celebramos juntas, porque las dos nos estábamos ayudando.

Esa misma noche, le escribí a Etienne contándole lo que había pasado. Su suerte sí que había funcionado.



3

UN BOMBÓN ASESINO

A partir de ese momento, todo sucedió muy rápido. Para el martes por la mañana, ya estaba completamente mudada. Chloe me dio una capacitación un poco más extensa de mi trabajo, pero no estuve con los niños hasta el día siguiente porque ese día estaban visitando a sus abuelos.

Me senté en mi nueva cama recién tendida para reflexionar. Me parecía increíble cómo mi vida cambió en tan poco tiempo: un día me encontraba en casa ayudando a papá a preparar la masa madre, y otro día estaba en Counterville, mudándome a una residencia de gente rica y cuidando a sus niños.

Sin embargo, era raro. Porque desde que salí de casa no había estado en un lugar por más de tres meses, y estar un año entero —y más— en esa casa, me parecía demasiado.

Es que la vida era un viaje, y yo apenas estaba registrando mi equipaje.

Mi primer día de trabajo no apestó, pero pudo ser mejor. Los niños y yo nos estábamos conociendo, por lo tanto, todo era nuevo para nosotros.

También conocí a —casi— todos los miembros de la familia. Rose, el ama de llaves, se encargaba de la casa y el orden. Ella mantenía todo así de pulcro. Luego me enteré de que tenía dos ayudantes esporádicos que limpiaban la casa, pero ella era la jefa y quien dirigía todo. También estaba Kyle, el padre de los niños y esposo de Chloe. Theo acotó que su padre, cuando no era un gran abogado, solía hacer actividades como participar en concursos de salsa, jugaba golf y, de vez en cuando, también tenis. Aquello me parecía increíble: una persona que parecía estar siempre ocupada igual tenía tiempo para divertirse y hacer un poco de deporte. Luego los hijos, Theo de cuatro —casi cinco, él se encargó de hacérmelo saber muchas veces—, Alai de tres años y también un hermano del que no se sabía nada. Estaba encerrado en la única habitación del tercer nivel y no aceptaba nada de nadie, a menos que fuese Rose quien lo buscara.

¿Por qué tan misterioso?

—¡Babi! —llamó la pequeña rubia sacudiendo mis pantalones para que le prestara atención, me encontraba junto a los niños doblando su ropa. Era mi segundo día de trabajo, y lo estábamos llevando mejor que el día anterior—. ¿Mamos a pintar?

A mucha gente le costaba entender a los niños de esa edad, pero para mí, al haber interactuado con tantos, se me hacía fácil. Y era chistoso, pero de pronto Chloe y yo éramos las únicas en esa casa que la entendíamos con facilidad.

—¿Quieres pintar? Por supuesto que podemos, ¿dinosaurios? ¿Robots? ¿Princesas? ¿Naves? ¿Dinosaurios robots princesas sobre una nave? —pregunté arrodillándome para ponerme frente a ella. Su hermano se rio y, en consecuencia, ella también—. Terminaré de ordenar esto y vamos a pintar, ¿sí?

Ambos estuvieron de acuerdo. Tal vez era muy apresurado pensarlo porque solo tenía un día con ellos, pero, al menos conmigo, los niños eran bastante tranquilos. Eso me aliviaba.

Luego de mantenerlos ocupados pintando, inicié una competencia de baile lo suficientemente larga para que estuviesen cansados para la hora de la cena. Después de una ducha, cayeron sobre los brazos de Morfeo.

—¿Ya se han dormido? —preguntó Rose, que caminaba por el pasillo justo cuando yo salía de la habitación de los niños. Ajusté el monitor de bebés en mi cinturón y asentí feliz.

—Sí, me pidieron que les cuente una historia para dormir, así que me la inventé. Creo que se durmieron porque se aburrían de mí —bromeé un poco. Rose se rio conmigo y agitó la mano con diversión.

—Anda, no lo creo. ¿Qué vas a hacer hoy?

—No tengo idea. Chloe me dijo que podía hacer lo que quisiera en cuanto los niños estuviesen dormidos.

—Así es, yo me iré a dormir en breve también. Pero siéntete libre de estar por la casa y comer lo que desees. ¡Es importante alimentarse! Buenas noches, chiquita. —Rose me regaló una cariñosa sonrisa que me recordó a la que mi abuela solía darme. Ambas eran mujeres que irradiaban ternura, y eso me daba esa dosis de felicidad diaria que necesitaba—. Descansa y cuidado con los fantasmas del tercer piso.

Luego de ello, y junto a una risilla, se fue a dormir. ¿A qué se refería? ¿Había fantasmas?!

Miré a mi alrededor y caminé directo hacia el sótano en donde se encontraba mi habitación. Era raro poder decir «mi habitación», pero era algo a lo que debía acostumbrarme.

Di un par de vueltas en mi cama. Miré el techo y volví a rodar. Estaba aburrida. No tenía nada que hacer. Entonces encendí la computadora, pero me dio hambre. Mi estómago de pronto gruñó y me dio a entender que necesitaba alimentarme.

Me até el cabello y subí los escalones con el portátil bajo el brazo, un bloc de notas y un lápiz para anotar algunas ideas. Llevaba un tiempo planificando un libro con anécdotas propias de mis viajes. El libro trataba de una chica llamada Sky, que vivía distintas aventuras. La trama todavía se encontraba en construcción, pero me divertía organizar los viajes de la protagonista. El nombre de la muchacha fue en honor a mi seudónimo en el blog, mis lectores estaban encantados con la idea del libro y esperaban poder leerlo pronto.

Si algún día lo escribía, claro.

Había mucho silencio en el lugar. Me recordaba a mi casa en Italia, a eso de las nueve de la noche no había una sola alma despierta. Chloe y Kyle tenían una reunión, eran los únicos despiertos y ausentes en casa.

El silencio me asustaba porque no estaba tan acostumbrada a él, y mucho más en un lugar que no conocía del todo.

Pensaba que en cualquier momento podría llegar un ladrón o un asesino. ¡O peor! ¡¡Un ladrón asesino!!

Perfecto, Abby. Desbloqueaste un nuevo miedo.

Negué con la cabeza e intenté mentalizarme en que eso no podría suceder en una residencial como esa, no con esa cantidad de seguridad absurda.

¿O sí?

La sombra de una persona alta se movió por la cocina y lo peor pasó por mi mente.

Era el ladrón asesino. Era un ladrón, y también un asesino.

—¿Hola? —dijo la persona detrás de mí. Yo abrí los ojos y, para no gritar del susto, hice lo que cualquier persona normal haría.

Le pegué un puñetazo en la cara. No lo noqueé, pero en definitiva le dolió.

Entonces, pude fijarme mejor en su rostro...

Ay, Dios mío. El ladrón asesino era, en efecto, un bombón asesino.

—¡Perdón! ¡¿Estás bien?! ¡Lo siento mucho! ¡¡Me asustaste!!

Me asusté, me preocupé y luego me enojé.

—¿Te asustas con un hola? —cuestionó, mirándome. El muchacho que aparentaba tener mi edad se tapó una parte del rostro con la mano—. Entonces es fácil asustarte, ¿no? ¡Hoooooaaaaa! —alargó la palabra, imitando una voz aterradora.

Yo jugué con el bordillo de mi camiseta, mordiendo el labio, evitando responderle. Me quería reír, pero supuse que estaba enojado por el pequeño trompazo que le había propinado.

—¿Estás bien? —interrogué, ignorando su comentario anterior. En otro momento me hubiera causado gracia. Pero no cuando le había pegado a un desconocido.

El chico por fin retiró la mano del rostro y abrió la nevera para buscar algo helado. Estaba de espaldas, así que solo tenía esa visión de él, no había logrado observar bien su rostro, solo unos preciosos e hipnotizantes ojos verdes.

—Estoy bien —respondió colocándose una bolsa de vegetales congelados en la mejilla. El lamento se vio en mi rostro, porque él solo rodó los ojos y me miró de forma fija—. Te digo que estoy bien. ¿Quién eres, por cierto?

—¿Quién eres tú? —cuestioné de inmediato—. No le puedo dar mis datos a un desconocido que acaba de llegar.

—Yo no acabo de llegar —aclaró—, yo vivo aquí hace muchos años. ¿Eres la nueva niñera de mis hermanos?

Alcé las cejas de asombro. Tenía al hermano de los niños frente a mí. El misterioso y silencioso Nate Collins.

Rose me había dicho cómo se llamaba.

—Soy... Abby. Sí.

—¿También repartes golpes a domicilio?

Quería responder de forma sarcástica, pero me distraje observando su rostro. Era guapo. Mentira. Era guapísimo. Sus cejas pobladas, el cabello castaño algo desordenado, la mandíbula marcada, los pequeños mechones que caían sobre su rostro, y unos labios ni gruesos ni finos, pero más que nada, sus ojos, que además de ese impresionante color verde, reflejaban algo de ausencia y tristeza.

¿Quién le había hecho tanto daño?

—Así que... tú debes ser Nate —comenté mirándolo. Tuve que alzar un poco la vista, aunque yo era una persona alta, él era mucho más alto que yo.

Nate se dio la vuelta un momento y tomó una lata de soda de la nevera, reemplazándola por la bolsa de vegetales que había tomado antes.

—Chica lista. ¿Te hablaron de mí? ¿Soy famoso?

Alcé un poco la ceja y él me ofreció una sonrisa socarrona, dejándome ver que también tenía una sonrisa perfecta. Ni siquiera yo, que tuve varios años de tratamiento de ortodoncia, tenía una dentadura como la suya.

—Sí, tu nombre acaba de salir en la lista de la revista *View* como la persona más egocéntrica del planeta, ¿quieres verla? —probé, bromeando un poco también. Él sonrió de lado, demostrándome que lo recibió bien.

—No, gracias. No tengo tiempo, pero puedes dejarla en el buzón para buscarla cuando la quiera revisar. Buenas noches y bienvenida, Abby —dijo con una sonrisa y, antes de darse la vuelta, me susurró de forma terrorífica—: ¡Hoooooaaaaa!

Entrecerré los ojos y lo seguí, colocándome frente a él justo cuando iba a subir el primer escalón. Ladeé la cabeza.

—Perdón por el golpe. Cuidado la próxima vez, la oscuridad es peligrosa —murmuré mirándolo a los ojos.

Nate sonrió de lado y se acercó un poco a mí para hablar en mi oído.

—Ciertamente lo es, Abby. Buenas noches.

El muchacho encogió los hombros y me echó una mirada del mentón hasta los ojos. Posterior a eso, se deslizó a la derecha para pasar por donde yo no obstruía el paso, y regresó a su cueva en el tercer nivel.

Y así fue como conocí a Nate Collins.

¿Era un ladrón asesino? No.

¿Era un bombón asesino? Un poco.

¿Era guapo? Claro.

¿Era un completo tonto? También.

Pero quedó la duda, ¿por qué se encerraba? ¿Por qué solo hablaba con Rose? ¿Y por qué había salido de noche, justo cuando yo estaba ahí?

Una casualidad, tal vez... o no. Yo solo quería saber la razón.